

THE PROBLEMS OF A SCIENCE OF HISTORY IN REINHART
KOSELLECK

Los problemas de una ciencia de la historia en Reinhart Koselleck

Juan Sánchez Mandingorra

Universidad de Valencia

gpdagda@hotmail.com - <https://orcid.org/0000-0002-0385-5018>

Fecha recepción: 29.05.2020 / Fecha aceptación: 05.06.2020

Resumen

A partir de un análisis del planteamiento kose-
lleckiano de una ciencia de la historia, el artículo
enfoca los problemas que se vislumbran al asumir
acríticamente los presupuestos que subyacen en
esta concepción, mostrando que Koselleck ofrece
su elaboración teórica para garantizar la necesaria
comunicación diacrónica entre contextos distin-
tos y restaurar así la unidad de la historia con una
fundamentación trascendental que exige la adop-
ción de categorías «a priori». Las dificultades que
emanan de esta propuesta se exploran desde una

Abstract

Starting from an analysis of the kose-
lleckian approach to a science of history, the article focuses
on the problems that are glimpsed by uncritically
assuming the presuppositions that underlie this
conception, showing that Koselleck offers his the-
oretical elaboration to guarantee the necessary
diachronic communication between different con-
texts and thus restore the unity of history with a
transcendental foundation that demands the adop-
tion of *apriori* categories. The difficulties emanat-
ing from this proposal are explored from a his-

alternativa histórico-conceptual que es tributaria de la lectura de Otto Brunner y las investigaciones del Grupo de Padua dirigido por Giuseppe Duso.

Palabras clave

Reinhart Koselleck, ciencia de la historia, categorías de la Histórica, historia conceptual, Max Weber, Otto Brunner, Grupo de Padua.

torical-conceptual alternative that depends on the reading of Otto Brunner and the investigations of the Padua School directed by Giuseppe Duso.

Keywords

Reinhart Koselleck, science of history, categories of *Historik*, Conceptual History, Max Weber, Otto Brunner, The Padua School.

EL TÍTULO DE ESTE ARTÍCULO¹ SINTETIZA LA INTENCIÓN de problematizar el planteamiento koselleckiano para enfocar los problemas de una concepción de la Historia que implica la asunción de unas categorías «a priori» como solución a esas dificultades.

El análisis de esta cuestión, que necesariamente implica a disciplinas como la teoría de la historia y la historia de la historiografía o, incluso, la semántica histórica, se planteará aquí desde un marco filosófico –más concretamente, propio de la historia de los conceptos y la filosofía política– que toma impulso de la reflexión histórico-conceptual que nos lega el mismo Koselleck. Su producción intelectual –como ejemplifica contribuyendo a la fundación del Centro para la Investigación Interdisciplinar (*Zentrum für interdisziplinäre Forschung*) de Bielefeld– desborda los límites de una ciencia de la historia y, aunque el epígrafe del presente artículo apela inmediatamente al saber histórico, no pretende, en buena lid, ser un «intruso» entre historiadores y filósofos².

1. Este artículo se corresponde, en lo esencial, con mi intervención de igual título en el Seminario internacional «Historia, concepto y crisis: Koselleck y la configuración del mundo moderno», celebrado en la Universidad Carlos III de Madrid, en Getafe, noviembre de 2018. Esta iniciativa consolida la importancia de la figura de Koselleck, sumándose a recientes congresos internacionales como el celebrado por la Universidad de Constanza (*35 Jahre nach Reinhart Koselleck: Asymmetrische Gegenbegriffe in Politik, Sprache und Gesellschaft*, Universität Konstanz) en junio de 2010, la de Friburgo (*Zeiterfahrung. Untersuchungen über Beschleunigung und Entschleunigung von Geschichte*, Universität Freiburg), en septiembre de 2015, o el más reciente de París publicado como monográfico (por la *Revue Germanique Internationale*, 25, 2017) con el título “Reinhart Koselleck”.

2. F. Oncina, en su “Necrológica del *outsider* Reinhart Koselleck: el «historiador pensante» y las polémicas de los historiadores” (en F. Oncina, coord., *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual*, CSIC, Plaza y Valdés, Madrid-México, 2009; 233-267), se sorprende por la consideración marginal que recibía Koselleck, cuando Vierhaus le describía como un «intruso». La causa se localiza en su peculiar posición interdisciplinar: «Gadamer lo llamaba “el historiador pensante” (*denkenden Historiker*), y que justamente por hallarse en ese intersticio, o mejor dicho interregno, era repudiado por historiadores y filósofos (...) su temperamento filosófico era la causa del desdén que le dispensaba el gremio» (*Ibid.*, 233). El tiempo ha puesto en su sitio estas disputas y ajustado nuestra memoria, como hace el profesor Oncina con las palabras de Jürgen Kocka: «Largo tiempo considerado un intruso en el gremio, Koselleck ha terminado por convertirse en uno de sus clásicos» (*Ibid.*, 267). Ya existen trabajos en la dirección de tender puentes entre lo filosófico y lo historiográfico. De obligada referencia son: en nuestro país, Juan M^a. Sánchez-Prieto, “Reinhart Koselleck: la interdisciplinariedad de la historia” (en *Memoria y civilización*, 15, 2012, pp. 475-499); en el panorama italiano, destacar a Diego Fusaro con “Reinhart Koselleck nel dibattito storiografico e filosofico” (en *Teoria politica*, 25/3, 2009, 89-105). En esa aproximación disciplinar hay que reseñar el importante número monográfico dedicado a Koselleck, “Reinhart Koselleck: la investigación de una historia conceptual y su sentido socio-político”, por la revista *Anthropos*, 223, 2009: con trabajos de J.M. Sánchez-Prieto (“Más allá del «giro lingüístico»: Koselleck y los nuevos horizontes de la historia intelectual”, 20-38); J. Fernández Se-

En esa línea, en la primera parte se interrogará el concepto de historia como ciencia en Koselleck, mientras que en la segunda se realizará una exploración crítica de los resultados obtenidos, a partir de la particular recepción italiana de la historia de los conceptos desarrollada por el Grupo de Padua. Pero será la interrogación filosófica el motor que sirva para transitar de un apartado al otro.

1. El sentido de una ciencia de la historia en Koselleck

Aplicando esta actitud filosófica básica, al estudio de una ciencia de la historia en Koselleck, podemos plantear tres interrogantes muy elementales. El primero, en orden a la importancia que éste concede en su obra³, es el siguiente: ¿cómo es posible hacer Historia?

Antes de recibir cualquier respuesta, la pregunta exige reflexionar hacia una segunda interrogación que debería ser previa: ¿Qué entendemos por Historia? Aunque en la práctica el anterior es el orden habitual. Damos por sentado que existen unas disciplinas científicas y después nos ponemos a reflexionar sobre ellas. En realidad, es crucial que afrontemos las consecuencias de estas preguntas con total honestidad para evitar asumir de manera aporética el concepto moderno de una ciencia histórica y liberarnos, en la medida de lo posible, de la carga semántica que transporta un concepto reductivo.

Finalmente, después de habernos comprometido con la posibilidad de hacer Historia, se añade una tercera pregunta como conclusión: ¿Estamos dispuestos a hacer una Historia en mayúscula, a pesar de todo?

bastián (“Acontecer, experiencia y teoría de la historia: recordando a Reinhart Koselleck”, 45-53), F. Oncina (“Koselleck y el giro icónico de la historia conceptual”, 71-81) o F.J. Carpiestegui (“El primer Koselleck”, 54-70 y “Reinhart Koselleck: bibliografía más destacada y principales traducciones”, 82-91). En esa misma publicación se encuentra, gracias al trabajo de Luis Fernández Torres, la referencia de Koselleck “Un texto fundacional de Reinhart Koselleck. Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana” (92-105).

3. Mis observaciones sobre el pensamiento de Koselleck pueden encontrar un mayor desarrollo en mi Tesis Doctoral (*La Historia conceptual paduana: Antecedentes y desarrollo de una historia de los conceptos como filosofía política*, Valencia, 2015, dirigida por Faustino Oncina), que ahora retomo desde una nueva aproximación. El público español tiene ya a disposición muchas traducciones de las obras de Koselleck: *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Trotta, Madrid, 2007; *historia/Historia*, Trotta, Madrid, 2010 (con la valiosa introducción de Antonio Gómez Ramos); *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993; *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001, *Aceleración, Prognosis y Secularización*, Pre-Textos, Valencia, 2003 (destaco la introducción de F. Oncina); *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2011 (también con una importante introducción a cargo del profesor Oncina); *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Trotta, Madrid, 2012; *Sentido y repetición en la historia*, Buenos Aires, Hydra, 2013. Además, de R. Koselleck y H-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 1997 (con la importante introducción de F. Oncina y J.L. Villacañas). Para una visión más completa se recomienda al citado Carpiestegui, *Reinhart Koselleck: bibliografía... op.cit.*

No obstante, si queremos comprender el discurso de Koselleck, la formulación de estas interrogaciones, como ejercicio de problematización de una epistemología histórica, no es incompatible con la disposición a pensar koselleckianamente.

Si aceptamos entonces invertir el orden para afrontar la interrogación que debería ser prioritaria, una manera de aproximarnos a la idea que Koselleck tiene de la historia es acudir al análisis etimológico del término que el propio autor nos brinda en su obra⁴. Una indicación muy valiosa al respecto se encuentra en su observación sobre el originario sentido griego de «experiencia» –que, además, se le presta muy bien al casar con el uso alemán–. En este sentido, Koselleck realiza una distinción entre el significado de «hacer una experiencia» y el significado del «informe» acerca de dicha experiencia, que nos reporta el que «ha visto» lo que ha pasado y porque estaba presente puede decir que sabe. Es decir, primero se experimenta una vivencia que, después, podemos elaborar como relato de lo ocurrido; y es a partir de esa posterior narración en la que se nos informa de lo que un testigo quiere testimoniar que ha sucedido, cuando podemos reflexionar sobre lo ocurrido. En otras palabras, es con la segunda acepción cuando entendemos la historia como saber, y es ese giro el que reclama toda nuestra atención para no interpretar este saber histórico en el sentido de ciencia moderna. En cualquier caso, hay una razón extra para que Koselleck pormenore esta distinción, y es que le permite conjugar la tensión entre los acontecimientos y su conceptualización, ya que sería imposible la transmisión de una experiencia sin disponer de conceptos para su comprensión.

Koselleck también se fija en el doble sentido que para Kant tiene el concepto de «experiencia», al servirle tanto para hacer referencia a la realidad como al conocimiento de esa realidad. Esto es, para defender la coherencia de su propia interpretación. En efecto, el planteamiento de Koselleck es muy kantiano porque, sintetizando mucho la lectura de la *Crítica de la razón pura*, se puede afirmar que, para Koselleck, las condiciones de posibilidad de las historias son, al mismo tiempo, las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico, es decir, de la ciencia histórica⁵. Pero no todo queda ahí, ya que también en Kant se detecta una coincidencia que para Koselleck no podrá ser casual. Al mismo tiempo que constatamos esta apreciación kantiana sobre la experiencia se está gestando el concepto moderno de «historia» como singular colectivo⁶. Antes el término era más bien un género que comprendía las diversas historias. Sin embargo,

4. La pista etimológica en griego y en alemán que resulta «orientadora para la historia», así como la alusión a Kant y el doble sentido que tiene el término gestado con la singularización colectiva (que engloba tanto al acontecimiento experimentado como al conocimiento científico de esa experiencia), en Koselleck, *Los estratos del tiempo... op. cit.*, 36 y 46-47.

5. Hay que captar ambos aspectos, los acontecimientos y su representación, el evento y su relato, por eso las categorías históricas son equivalentes, para Koselleck, a las condiciones de posibilidad kantianas: «Como categorías históricas equivalen en esto a las de espacio y tiempo (...). Las condiciones de posibilidad de la historia real son, a la vez, las de su conocimiento» (*Futuro pasado... op. cit.*, 335-336. Para las kantianas, ver I. Kant, *Crítica de la razón pura*, Alfaguara/Santillana, Madrid. 1997, 67-91).

6. Aproximadamente desde 1780. Esta singularización es una de las conclusiones que extrae Koselleck al estudiar el período de la *Sattelzeit* aplicando las categorías de «experiencia» y «expectativa» que, con la medida de su coordinación, son utilizadas como baremos temporales.

el nuevo concepto sintetiza ambos polos de la distinción anteriormente comentada entre experiencia y conocimiento de la misma. El concepto alumbrado entonces bicéfalo, engloba tanto a la realidad experimentada como al conocimiento que nace ahora como científico. Lo que supone esta singularización es absorber las diferencias semánticas premodernas y generarnos hoy alguna dificultad para encontrar el modo de distinguir entre *Historie* y *Geschichte*⁷.

¿Queda comprometido Koselleck, por su elaboración de una teoría de la historia, con este concepto moderno? Para poder profundizar en esta cuestión hay que examinar la siguiente cuestión: por qué es posible la historia según Koselleck.

En todo caso partimos de un hecho que genera historias, de un «estado de cosas» que produce el acontecimiento histórico. Pero ¿por qué son posibles los acontecimientos históricos? Según Koselleck, porque hay una tensión constitutiva, perpetua e irresoluble, entre las acciones lingüísticas y los factores extralingüísticos. Desde la perspectiva del historiador es posible distinguir esa dualidad que se construye entre las fuentes textuales y las «categorías científicas» de su disciplina. Se entiende que las considera extralingüísticas en el sentido de que no están incluidas en las fuentes. Esa es la razón por la que Koselleck se refiere a ellas a menudo como conceptos «*ex post*»⁸. Son las categorías epistemológicas de un conocimiento científico: la «Histórica» (*Historik*) como fundamentación del saber histórico⁹.

Señalar unas condiciones no sólo extralingüísticas, sino también prelingüísticas, es afirmar la existencia de unas estructuras naturales, ínsitas a la vida humana, que engendran textos. Son las determinaciones de los acontecimientos históricos que historiografía la Historia, a la que fundamentará la *Historik* al encargarse de las condiciones de posibilidad de dichas historias. Planteándose la cuestión en términos kantianos, Koselleck amplía las condiciones antropológicas retomando el análisis heideggeriano de la temporalidad¹⁰.

7. Algo que podemos solventar con Antonio Gómez Ramos (en su introducción a Koselleck, *historia/Historia*, *op. cit.*, 22-23) optando por el uso de la mayúscula «Historia» para el latino *Historie* y de la minúscula «historia» para el germánico *Geschichte*.

8. R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 333-334. Esclarecedor resulta el ejemplo de la historia del «matrimonio», ya que, como teoría de una historia (del matrimonio en este caso), presupone disponer de una «terminología específica» capaz de precisar «la duración y el cambio, imposibles de encontrar de otro modo en el lenguaje de las fuentes» (R. Koselleck, *Historias de conceptos... op. cit.*, 22-23).

9. Es esa distinción entre lingüístico/extralingüístico, en tensión «metódicamente irresoluble» (R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 287-288), la que permite distinguir la *Historik* de la Hermenéutica y, más aún, erigirla como una disciplina autónoma de la gadameriana, de la que no puede ser un «subcaso» (R. Koselleck y H-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, *op. cit.*, 69).

10. Para temporalizar las tres dimensiones temporales de pasado, presente y futuro, Koselleck (*Los estratos del tiempo... op. cit.*, 118), admite seguir lo establecido por Heidegger en *Ser y Tiempo*, a través de una posibilidad desarrollada por Niklas Luhmann (en *Welzeit und systemgeschichte: Soziologie und Sozialgeschichte*). Recoge la finitud y la historicidad que se presentan en la heideggeriana analítica existencial del *Dasein* (la temporalidad es fundamento ontológico del *Dasein*, desplegando así las posibilidades de una historicidad que es constitutiva). Hay una «constitución ontológico-existencial de la historicidad», historicidad que, a su vez, enraíza en la «cura» cuando, al comprenderse como un

El resultado de la ampliación es la tabla de categorías que Koselleck propone con su

ser relativo a la muerte, desvela el fenómeno originario de la temporalidad como sentido ontológico. La unidad de la existencia arrojada en un horizonte temporal, mientras dura su prolongarse, explica la gestación de lo histórico, porque el ser-ahí «sólo existe y puede existir históricamente por ser temporal en el fondo de su ser», y es temporal no porque esté viviendo «dentro de la historia», sino porque se descubre a sí mismo constituido ontológicamente por la temporalidad. Por eso la finitud de un ser relativo a la muerte es justamente el fundamento que no dejará escapar Koselleck, cuando lo rescate para sus categorías de la Histórica como el «precursar la muerte» (M. Heidegger, *El Ser y el Tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.-Madrid, 1982, 330-331, 354-356, 405-419). Heidegger le sirve para insertar la Histórica en la condición antropológica de la humanidad y su existencia temporal (lo que Jiménez Redondo considera «un genuino futuro pasado», en “*El concepto de historicidad en Heidegger*”, *Eutopías*, 54, Episteme, Valencia, 1994, 1-24), pero con esto no basta, no es suficiente (Koselleck y Gadamer, *Historia y Hermenéutica... op. cit.*, 69-73). Lo que Koselleck echa en falta es algo que le permita conceptualizar los tiempos propios de la historia, pues de lo que se trata es de «entender la posibilidad de historias, mientras que Heidegger se contentó con la categoría de la historicidad» (*Op.cit.*, 85). La maduración teórica de Koselleck extrae todo el beneficio práctico de las dos categorías metahistóricas («experiencia» y «expectativa») que habían constituido el eje de su reflexión. Hay una articulación entre historia de los conceptos e Histórica, y las categorías que aporta esta última no quedarían completas sin las condiciones del propio tiempo histórico, porque no bastaría con identificar la condición de las historias humanas si no pudiéramos explicar también la condición del tiempo histórico. Es decir, metahistóricamente, de la propia temporalidad de la historia. Cómo desarrolla Koselleck esta teoría del tiempo histórico forma parte del gozne entre historia conceptual e Histórica, y no solo Heidegger es uno de sus referentes principales para comprender la experiencia histórica (como Weber o Gadamer), sino que también es crucial incluir a Carl Schmitt y, como ya señalé en mi tesis (*La Historia conceptual paduana... op. cit.* 133-134), aunque no podemos decir que las categorías de la Histórica ya planeaban por la mente del primer Koselleck cuando recurre a las parejas conceptuales antitéticas (porque su sentido entonces era dotarse del instrumental conceptual que permitiera explicar procesos a largo plazo, como corresponde a las estructuras), sí es pertinente subrayar los dualismos y pares antitéticos que, tomando estímulo del trabajo schmittiano, sirven para explicar dualística, antitéticamente, el proceso de formación de la Modernidad. Efectivamente, los análisis de pares como interior/exterior (también en sus variantes de privado/público, secreto/Ilustración, moral/política) u hombre/príncipe, que aparecen en el primer trabajo de Koselleck (*Crítica y Crisis... op. cit.*, principalmente para la estructura del Estado absolutista en 31-49, y luego en 73, 81, 132 y 162), nos remiten inmediatamente al Schmitt de *El Leviathan en la teoría del Estado de Tomas Hobbes* (Comares, Granada, 2004), además de la consciencia de la influencia sociopolítica de los conceptos antitéticos, como Schmitt mostraba al asignar su carácter polémico a todo concepto político, pues sirve también para negar a su contrario. Que esto lo recoge magníficamente Koselleck se advierte en su comprensión de la relación de proporcionalidad que existe entre abstracción conceptual y espectro de usuarios: a mayor generalidad de los conceptos sociopolíticos, más se prestan a que cualquier contendiente los utilice, y pueden definirse como polémicos porque distintos grupos de hablantes en disputa intentan monopolizarlos (Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 331; Id., *Historias de conceptos... op. cit.*, 45). Queda claro que Koselleck, inicialmente, retoma estos dualismos para describir los elementos patógenos (pues a su juicio desembocan en la crisis extrema) que esconde el proceso de formación de la Modernidad. Si lo aceptamos (porque la referencia es posterior al momento que ya ha elaborado las categorías de la Histórica), incluso nos remite a oposiciones que afirma encontrar en la obra de Goethe, como los pares antes/después, dentro/

Histórica¹¹, configurada en torno a los 5 pares antitéticos, que se expone a continuación:

1) tener que morir / poder matar¹²

2) amigo / enemigo¹³

3) interior / exterior¹⁴

Que también puede aparecer bajo la forma:
secreto / público

4) generatividad¹⁵

Como capacidad natural de procrear, de la que surge la diferencia generacional entre padres/hijos y encierra en el fondo la crucial determinación diacrónica entre el antes / después
[Reformulación de las célebres categorías de] experiencia y expectativa

5) amo / esclavo¹⁶

Como categoría formal de las relaciones asimétricas de poder entre arriba / abajo

fuera, arriba/abajo, ("Historia(s) e Histórica, Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt", en *Isegoría*, 23, 2003, 211-224, 212).

11. R. Koselleck y H-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, op.cit., 73-85.

12. Esta es la ampliación koselleckiana del «precursar la muerte» heideggeriano (el «ser relativamente a la muerte» desarrollado por Heidegger en *Ser y Tiempo*, op. cit., 284-290), puesto que la posibilidad de la muerte significa poder matar tanto como ser muerto.

13. La conocida contraposición de Schmitt para definir el criterio de lo político (C. Schmitt, *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y 3 corolarios*, Alianza, Madrid, 1999) que Koselleck conecta con Heidegger al interpretarlo dentro del mismo contexto político que *Ser y Tiempo*, como una oposición netamente formal de la que puede extraer las categorías trascendentales: «una especie de categoría trascendental de posibles historias» (*Historia y Hermenéutica*, op.cit., 73-85).

14. Par antitético que articula la «espacialidad histórica» (*Ibidem*).

15. Es la determinación antropológica universal para la especie humana y por tanto trascendental. Como refleja la tabla, esconde la determinación diacrónica del antes/después (de hecho una reformulación de las categorías de experiencia/expectativa) respecto a las experiencias generacionales sin las que tampoco es pensable una historia (*Op.cit.*, 82)

16. La contraposición amo/esclavo –terminología que nos dirige a la antítesis hegeliana entre el señor (*Herr*) y el esclavo (*Knecht*) o siervo (G.W.F. Hegel, *La Fenomenología del espíritu*, Pre-Textos, Valencia, 2009, en particular 294-298)– puede resultarnos hoy algo anacrónica, pero interpretada como una categoría formal, las relaciones de dominio y servidumbre pueden tener sentido mientras existan relaciones jerárquicas o asimétricas de poder, que luego los discursos legitimen dotando así de contenido histórico concreto a esa formalidad abstracta.

Aunque el último Koselleck reduzca aún más sus categorías a tres pares con: antes/después, dentro/fuera y arriba/abajo¹⁷, no cambia el blanco de mi lectura, dirigida a poner de relieve su opción por derivar trascendentalmente¹⁸ una serie de categorías formales con las cuales articular científicamente la *episteme* histórica y poder manejar racionalmente la temporalidad que subyace a todos los modos de hacer historias.

Es obvio que, si pretendemos estudiar hoy un informe concebido en otro tiempo, hemos de presuponer alguna forma de continuidad con el pasado. Pues bien, para que el historiador pueda desplegar toda la potencia científica de su disciplina, Koselleck comprende –y esto se advierte mejor que nunca cuando impera una tendencia hacia las micro-historias– que es necesario disponer de una continuidad que dote de unidad a la Historia como ciencia. Aquí está la clave de bóveda del edificio koselleckiano: para una verdadera historia se requiere de una zona de «convergencia» (*Konvergenz*) donde efectuar la imprescindible mediación entre el pasado y el presente, y para ello se necesita contar con unas «premisas teóricas» mínimas, pero comunes¹⁹, que el historiador anticipará teóricamente.

Lo que Koselleck propone tiene una razón de ser. Si la Histórica es una «doctrina de las condiciones de posibilidad de historias»²⁰ y para articularla como tal es preciso manipular algo tan complejo como la propia temporalidad que constituye los tiempos históricos, resulta lógico que la investigación desemboque en una indagación metahistórica y que las categorías que puedan fundar esa teoría científica de la historia sean trascendentales a las historias (serán sus condiciones *a priori*), al igual que extremadamente formales (para poder universalizarse). Las categorías tematizarán una temporalidad que es, por un lado, humana, pero, por otro, histórica, y entonces, si Koselleck no optara por una solución metahistórica, no podría escapar de una historización *ad infinitum* como él mismo reconoce²¹.

No podemos decir, por tanto, que Koselleck no obra consecuentemente cuando escoge derivar trascendentalmente dichas condiciones, máxime cuando –a pesar de todos sus esfuerzos por mantener una productiva combinación entre sincronía y diacronía– concede una importancia decisiva a la diacronía para captar las estructuras en sus transformaciones

17. Ver al respecto el artículo de periódico de Koselleck “*Was sich wiederholt*” publicado en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 21/07/2005. F. Oncina ha detectado las absorciones de la pareja morir/matar por la de antes/después y de amigo/enemigo por dentro/fuera (en su introducción a R. Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte... op. cit.*, IX-LXV).

18. La opción de Koselleck, por derivar trascendentalmente las condiciones de posibilidad que fundamentan el conocimiento histórico, es consecuente con la exigencia diacrónica de una de las perspectivas en tensión (pues tampoco se prescinde de la sincrónica). Es una decisión lógica, ya que, según Koselleck, ninguna fuente, limitada generacionalmente, traspasa procesos a largo plazo (Ver R. Koselleck, *Historia(s) e Histórica... op. cit.*, 213-214).

19. «Para preservar la unidad de la Historia como ciencia tienen que desarrollarse premisas teóricas que sean capaces de descubrir tanto las experiencias pasadas que pertenecen a un tipo completamente distinto, como también las experiencias propias» (R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 128).

20. R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica, op. cit.*, 70.

21. R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 338.

a largo plazo. Ahí es donde la historia conceptual (*Begriffsgeschichte*²²) desempeña su papel

22. Joaquín Abellán recopila los maestros de Koselleck en la elaboración de la historia conceptual (1. Otto Brunner, 2. la tradición hegeliana que llega a Rothacker y Gadamer, en la que se incluye a Heidegger, 3. Johannes Kühn, director de su tesis doctoral, y 4. Carl Schmitt), a partir de los cuales desarrolló su particular *Begriffsgeschichte* en el Grupo de trabajo de historia social que se formó en Heidelberg en 1957, en torno a Conze, Brunner y Jantke (J. Abellán, “En torno al objeto de la «historia de los conceptos» de Reinhart Koselleck” (en E. Bocado [coord.], *El giro contextual: cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, Tecnos, 2007; 215-244). Para una introducción al complejo y ecléctico contexto filosófico de la historia conceptual ver la citada introducción de Oncina y Villacañas (a R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, *op. cit.*) donde se establece una clasificación entre los distintos grupos: el primero más tradicional, de Hermann Lübbe (siguiendo a Rothacker y Ritter pero también cercano al segundo Wittgenstein), el segundo de Blumenberg con su Metaforología, y un tercero hermenéutico con Gadamer (siguiendo a Heidegger). Gadamer y Koselleck critican las posiciones de: El enfoque suprahistórico del neokantismo (Natorp, Cohen y Hartmann). El de Dilthey que, con su *Geistesgeschichte*, arriesga un enfoque anacrónico además de historicista (incluiriámos aquí a su discípulo Friedrich Meinecke y su *polistische Ideengeschichte*). La *History of Ideas* de la Escuela de Cambridge (Lovejoy, Q. Skinner, Pocock) en el ámbito anglosajón de la *New History*. Cabría ampliar estas críticas –al menos en el caso que más nos interesa de Koselleck– incluyendo a la Escuela francesa de los *Annales* (Febvre, Braudel, Bloch). Para una crítica de la Historia de las ideas anglosajona desde la particular modalidad de historia de los conceptos del grupo de Padua dirigido por G. Duso, ver M. Merlo, “La forza del discorso. Note su alcuni problema metodologici della storiografia del discorso politico” (en *Filosofía política*, 1990, IV, 1, 37-56), y S. Chignola y G. Duso, *Storia dei concetti e filosofia politica*, Milano, 2008 51-82 y 256-264 (Hay traducción española: *Historia de los conceptos y filosofía política*, Madrid, 2009). En cuanto a la problemática articulación de la Historia Conceptual con la Historia social y la constitucional se localiza en el debate que en los años '20 mantienen Karl Mannheim, Carl Schmitt y Hans Freyer, que influenció a Otto Brunner y Koselleck (para disponer de referencias bibliográficas se recomienda el artículo de P.P. Portinaro “Begriffsgeschichte e filosofía política: acquisizioni e malintesi” (en *Filosofía política*, 2007, XXI, 1, 53-64). Para una integración entre *Begriffsgeschichte* y Escuela de Cambridge, siguiendo el trabajo de Melvin Richter, ver Luca Scuccimarra, “Uscire dal moderno. Storia dei concetti e mutamento epocale” (en *Storica*, 2005, 32 XI, 109-134, en concreto 123-125). Por último, no se puede obviar toda una serie de elementos que la historia conceptual ha descuidado por quedar fuera de su análisis conceptual: los mitos, las metáforas... Descuella en este sentido la metaforología de Blumenberg, que estudia las «metáforas absolutas», es en ellas donde se constatan transferencias irreductibles a la conceptualidad lógica de los conceptos pero, precisamente por eso, revelan de una forma más radical las modificaciones en los horizontes de sentido, por tener un rango ontológico más primario: el «subsuelo» de esas «cristalizaciones» (H. Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología*, Trotta, Madrid, 2003, en especial 41-47). Para la relación entre metaforología e historia conceptual, ver Maximiliano Hernández Marcos, “Metaforología e Historia Conceptual. Sobre la polémica de H. Blumenberg con J. Ritter en 1971” (en Faustino Oncina, coord., *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual... op. cit.*, 284-326). Cabe reconocer que Koselleck, capaz de citar en su introducción a los *Geschichtliche Grundbegriffe* (*Un texto fundacional... op. cit.*, 93) a un paladín de las metáforas como Lessing, advierte que no todo podemos expresarlo con palabras, y donde más claramente Koselleck apuesta por el uso de la metáfora es, curiosamente, en sus categorías más estelares de experiencia y expectativa, como espacio de y horizonte de, respectivamente, para atinar a expresarlas con ese recurso y, de hecho, expresar metafóricamente el tiempo (*Futuro pasado... op. cit.*, 339-340). Por abundar, realiza toda una reivindicación de la poesía y la ficción, de lo onírico incluso (ver “Terror y sueño”, en *Futuro pasado... op. cit.*, 267-286). En definitiva, que también Koselleck parece lamentar, casi con nostalgia, la pérdida que para la ciencia histórica supone dejar de lado la fantasía que expresa en sus discursos Tucídides,

crucial dentro de la obra de Reinhart Koselleck: de acuerdo con las capacidades que le presupone tiene asignada la nada despreciable misión de medir la diferencia o convergencia en esa zona de mediación anteriormente mencionada. Por eso dirá Koselleck que «la historia de los conceptos es una especie de propedéutica para una teoría científica de la historia»²³, y por eso en tal zona de convergencia se encuentra no sólo el punto de fricción entre conceptos del pasado y categorías científicas del presente –como pretende Koselleck– y el punto de sutura que puede hacer converger todas las rupturas en la continuidad que reclama la dignidad científica de la historia, sino que, incluso, permite comprender cómo se articula la obra de Koselleck en su conjunto, desde la historia de los conceptos como una herramienta auxiliar, subordinada a la historia social de la que luego se independizará como disciplina autónoma, hasta su *Histórica*. Recurre, por consiguiente, a estas categorías para colmar la necesidad de mediación entre épocas que, de lo contrario, serían inconmensurables; y localiza en el período bisagra de la *Sattelzeit* la posibilidad de medir las convergencias y divergencias entre los conceptos modernos y los premodernos, cuando la vertiginosa transformación de las estructuras produjo en ese momento un desajuste en el modo tradicional de coordinar la «experiencia» y la «expectativa»²⁴.

Aunque el tiempo parece acaparar aquí todo el protagonismo, una lectura atenta permite concluir que también el espacio es esencial en esta teoría de la historia. No solamente como metáfora espacial donde se acumulan los estratos temporales en el citado «espacio de experiencia», sino también porque Koselleck concede al espacio la importancia de suministrar las condiciones naturales, y por tanto metahistóricas, que determinan la posibilidad de las historias²⁵.

aunque cuando decimos que reivindica lo poético (refiriéndose explícitamente a *Verdichtung*), entendemos que se trata de un guiño dirigido a revalorizar la poetización por encima de la condensación (“*Historia(s) e Histórica... op. cit.*, 217-218) y llega a afirmar la posibilidad de que con la *Histórica* se puedan alcanzar los límites del sentido y los «estados de cosas irracionales» (*Histórica y Hermenéutica... op.cit.*, 92). El marco de referencias no quedaría completo sin incluir al Carl Schmitt de *Hamlet o Hécuba. La irrupción del tiempo en el drama*, Pre-Textos, Valencia, 1993 (en especial 32-41), cuya atención por la figura mítica no es una excepción en su obra (como por ejemplo en *El Leviathan en la teoría del Estado... op., cit.*). Estos ejemplos muestran que es necesaria una ampliación de miras para completar la perspectiva histórico-conceptual.

23. R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 334.

24. Como metáforas, respectivamente, del espacio que reúne simultáneamente los «estratos del tiempo anteriores», y del horizonte de esperanza como una «línea tras la cual se abre en el futuro un nuevo espacio de expectativa» todavía no experimentada (R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 339-340).

25. En efecto, no sólo el tiempo, sino que «tanto el tiempo como el espacio pertenecen, dicho categorialmente, a las condiciones de posibilidad de la historia (...) El espacio es algo que hay que presuponer metahistóricamente para toda historia posible y, a la vez, algo historiable» (R. Koselleck, *Los estratos del tiempo... op. cit.*, 97). Una historia conceptual del espacio es otra de las tareas pendientes para completar la constelación de conceptos limitada al vocabulario político y social. No puede pasar inadvertida la relevancia que Carl Schmitt, un referente para Koselleck, ha concedido en una parte de su obra al análisis histórico del ordenamiento espacial (C. Schmitt, *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del “Jus publicum europaeum”*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1979; *Tierra y Mar*, Instituto de Estudios Políticos,

Igualmente, si nos ceñimos a lo que sostiene Koselleck, el acontecimiento y la repetición estructural coexisten en una de sus típicas tensiones productoras de condiciones de posibilidad de historias. En este caso, lo semántico y lo extralingüístico, los conceptos la experiencia de los «estados de cosas», unicidad y recurrencia, cambio y continuidad... se remiten sin cesar en un juego en el que cada parte no es más que «la mitad de la verdad»²⁶.

Recorriendo el camino trazado por Koselleck, se comprende que, para suturar la fractura que pueda impedir la continuidad de la historia como ciencia, en ocasiones pueda parecer que acentúa los «factores de estabilización» por encima de la unicidad. Sin embargo, como se demuestra en su obra, son necesarios los dos polos para que exista la historia y –lo

Madrid, 1952; *Hamlet o Hécuba... op., cit.*), en función de la articulación entre elementos como la tierra y el mar o también –un tercer elemento añadido para el siglo XX y determinar la actualidad global– el aire. El condicionamiento del espacio en Koselleck, entendido como las condiciones naturales y geográficas, desempeña un papel parecido al de Schmitt: por ejemplificarlo con un paralelismo, igual que, en el análisis de Schmitt, las posibilidades de Venecia como república marítima quedan condicionadas por el hecho de estar asomada al mar Adriático, a un nivel más local que, por ejemplo, el Imperio Británico, la existencia del Canal de la Mancha, en el análisis de Koselleck, planteaba importantes dificultades al desembarco que planeaba Hitler para invadir Gran Bretaña. Con tales ejemplos podemos concluir que las condiciones metahistóricas se convertían en factores históricos. Por otro lado, Koselleck se ha preocupado de articular la relación entre el espacio y el tiempo histórico, mostrando que las condiciones espaciales también se ven modificadas sustantivamente por efecto de la acción humana que, con el desarrollo tecnológico, ha convertido al globo terrestre en un único espacio de experiencia (globalización), y estas modificaciones cualitativas coinciden con el incremento de una aceleración que ha impuesto las decisiones geopolíticas por encima de las condiciones naturales (R. Koselleck, *Los estratos del tiempo... op. cit.*, 93-111). Sobre este intento de coordinar tiempo y espacio, es justo indicar que hay ya una antigua y aristotélica conexión filosófica entre *chrónos* y *topos*, al medir el tiempo según el movimiento o el reposo: el tiempo se define como el «número del movimiento según el antes y el después», por lo que no se puede concebir el tiempo sin un dónde espacial, sin un «lugar», ya que establece una vinculación necesaria de la numeración temporal con el desplazamiento de puntos dentro de una línea (Aristóteles, *Física*, Gredos, Madrid, 1995; Libro IV, 11, 219b; exposición del espacio como lugar en IV, 1-5, 208a-213a; del tiempo en IV, 10-14, 218a-224a). Esto es retomado por Hegel –que supo sacar un gran rédito del aristotelismo– cuando afirma que «La negatividad, que como punto se refiere al espacio (...). Puesta de este modo para sí, la negatividad es el tiempo», quiere decir que, como negatividad, el tiempo es una pura abstracción ideal, un continuo –«tan continuo como el espacio»– devenir del ser a la nada y de la nada al ser (las dimensiones del pasado, presente y futuro), en el continuo presente «en cuanto ahora». De nuevo, con un «lugar» que, como «singularidad espacial», es el punto concreto del «ahora espacial» donde se da la identidad puesta del espacio y del tiempo (G.W.F. Hegel, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio*, Alianza, Madrid, 1997, 315-320). A diferencia de la separación kantiana de ambos (en la “Estética Trascendental” de I. Kant, *Crítica de la razón pura, op. cit.*). Abundando en la articulación filosófica de las dos categorías, tendemos a acentuar el aspecto del tiempo en *Ser y Tiempo* de Heidegger, tal vez por ocupar la mitad de su título, pero también por una falta de atención hacia el aspecto espacial. Sin embargo, la existencia es un ser-en-el-mundo que se encuentra ya arrojada en un espacio de existencia, por tanto, ya existiendo temporalmente o ya siendo tiempo, pero encontrándose en ese espacio sin el cual no hay ser-en-el-mundo ni, por consiguiente, tiempo. En suma, queda pendiente una historia conceptual del espacio para completar el cuadro de referencias de la historia de los conceptos.

26. R. Koselleck, *Los estratos del tiempo... op. cit.*, 37-38.

que es aún más importante explicitar para esta lectura crítica– a Koselleck le resulta indispensable disponer de los medios teóricos capaces de medir las distintas velocidades de los cambios. Es en este punto donde descuella la importancia de Max Weber, al que Koselleck considera pionero en la fundamentación de una teoría como la que él persigue, a saber, la que posibilite un «análisis metodológico de los cambios estructurales a largo plazo»²⁷ que escapan a cualquier experiencia particular y no pueden hallarse en las fuentes, como ya se ha indicado a propósito de los conceptos «*ex post*».

Para no renunciar a la unidad de la Historia en mayúsculas y evitar las micro-historias, Koselleck encuentra los elementos mínimos comunes que demanda su teoría de la historia con la ayuda inestimable de la historia conceptual. Es más, está convencido de que la solución pasa por el ejemplo weberiano de los «tipos ideales», aunque sea cierto que el escenario de Koselleck es ya post-weberiano y que en vez de la adopción del weberianismo sea más ajustado hablar, como ha señalado Villacañas²⁸, de una complementariedad entre el programa weberiano y el de la historia conceptual, ya que Koselleck trata de temporalizar los conceptos historiográficos con la intención de enmendar lo que Otto Hintze criticó a la tipología ideal weberiana.

Efectivamente, Weber, Hintze y Koselleck²⁹ coincidirían en comenzar desde una construcción teórica, es decir, desde abstracciones no extraídas de las fuentes que posteriormente deben ser contrastadas y verificadas en su empleo práctico. Sin embargo, Hintze se apartará buscando una mayor «plasticidad» en los tipos para hacerse cargo de la concreción de la vida histórica³⁰. Si Koselleck consigue temporalizar los conceptos, entonces también se aparta de Weber, pero su apuesta puede ser muy arriesgada si mantiene un cripto-weberianismo. Por

27. R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 126; Id., *Los estratos del tiempo... op. cit.*, 92.

28. J.L. Villacañas, «Historia de los conceptos y responsabilidad política: un ensayo de contextualización», *Res publica*, 1, 2003, 141-174. Aunque para Villacañas la metodología de Koselleck es tan «construida» como la weberiana, la considera más apropiada para tratar los fenómenos sociales, al ser más concreta que la genérica de los ideales tipo. También conservaría la idea de «continuidad» entre pasado y futuro, pero la procedencia de esa característica se achaca a la escuela de Joachim Ritter.

29. Nuevamente emplazo a mi tesis doctoral para un rastreo de estos antecedentes (*La Historia conceptual paduana... op. cit.*, 37-55, 274-278. Para mis posteriores comentarios sobre Brunner, 65-111).

30. Algo que Hintze cree haber logrado introduciendo la noción de «desarrollo histórico» y –en otro interesante paralelismo con el trabajo de Koselleck– combinando lo estático con lo dinámico. Hintze busca una revitalización de las ciencias históricas atendiendo más a la especificidad de la vida histórica que a una tipología conceptual. La «plasticidad» la propone para las nociones expresivas del material empírico, a diferencia de los conceptos lógico-sistemáticos (O. Hintze, *Historia de las formas políticas, Revista de Occidente*, Madrid, 1968, 293-294). Después, el procedimiento consiste en la aplicación histórica de esas categorías para comprobar su rendimiento empírico con acontecimientos reales, en idéntica actitud a la de Koselleck (O. Hintze, *Feudalismo-Capitalismo*, Barcelona, 1987, 132). No obstante, a pesar de todos sus esfuerzos por subrayar la individualidad y especificidad de las formas de vida, que no consienten la aplicación de conceptos como magnitudes invariables, y usar una metodología comparativa (para evitar las historias universales), Hintze no consigue librarse de tomar un modelo contemporáneo ni tampoco está exento de mantener una continuidad histórica de los conceptos.

esta cuestión es crucial poder clarificar lo que sostiene Koselleck y, a continuación, qué es lo que motiva o justifica tal apuesta, ya que, en función del weberianismo que encontremos en Koselleck, su teoría puede resultar más o menos coherente. En esa dirección, cobra importancia el mérito que Koselleck otorga a Weber como pionero.

Cuando Weber³¹ piensa en un método sociológico científico, no está queriendo fundar una ciencia histórica idéntica a las ciencias naturales, porque es perfectamente consciente de que su objeto es distinto y de que, para comprender la acción social, hemos de tener en cuenta también los «fines» y «valores», así como aspectos irracionales que, aunque un racionalista podría interpretar como desviaciones, no podría en cambio negar que también influyen en la conducta humana. Con este planteamiento, Weber no está simplemente tomando partido en el debate de la última década del XIX contra la definición diltheyana del conocimiento histórico como ciencia del espíritu, sino toda una respuesta a la crisis epistemológica que afecta al ámbito de las ciencias histórico-sociales (porque en el contexto weberiano, las ciencias sociales indican un conocimiento histórico), en el marco más general de la crisis del historicismo en el XIX. Precisamente porque una sociología científica debe comprender el «sentido» de la acción humana, piensa que está fundando un conocimiento igual de científico que el que las ciencias naturales o nomológicas consiguen con leyes. Igual en cuanto a científica, pero son distintas y no cabe olvidar esta distinción cuando interpretemos el papel de los «tipos ideales» o puros: son generalizaciones teóricas, abstracciones conceptuales utilizadas como instrumental científico que pueda hacer manejables los fenómenos sociales en vez de caer en un reduccionismo que deduzca los eventos de leyes, lo que sería confundirse de método. Pero entonces, si con la construcción típico-ideal se hace posible operar sobre la unicidad histórica y salvar discontinuidades entre épocas distintas, no es menos cierto que el acontecimiento histórico es resultado de una reconstrucción. Tampoco en esto cabe engañarse, el propio Weber ya sabe que los «tipos ideales» no coinciden con la realidad. Es más, afirma que cuanto más univocidad y utilidad heurística tengan, es al precio de ser tanto más extraños en la realidad empírica³². Sin embargo, esto es lo que Koselleck elogia: el gran logro de Weber es haber encontrado los «mínimos comunes» que permiten construir una conceptualización lo suficientemente formal y universal como para poder funcionar a largo plazo, tanto en situaciones de duración como de cambio, y detectar las transformaciones en las estructuras. En definitiva, lo mismo que Koselleck quiere para sus categorías de la cien-

31. M. Weber, *Economía y Sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, México D.F., 1964, (en especial 6-17). Algunos ejemplos esclarecedores de esta metodología, diferenciando los tipos ideales de los casos empíricos, se pueden encontrar en Id., *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, Madrid, 1999 (77, 112, 137). Para una interpretación de la tipología ideal weberiana sin confundir la metodología de una «ciencia de leyes» con la de una «ciencia de realidad», ver la lectura de F.H. Tenbruck (en M. Losito e P. Schiera, *Max Weber e le scienze sociali del suo tempo*, il Mulino, Bologna, 1988, 25-54), y sobre el debate contra Dilthey en el marco más profundo de la crisis del historicismo, Pietro Rossi (*Op.cit.*, 109-154).

32. «Cuanto con más precisión y univocidad se construyan estos tipos ideales y sean más extraños en este sentido al mundo, su utilidad será también mayor tanto terminológica, clasificatoria, como heurísticamente» (M. Weber, *Economía y Sociedad... op. cit.*, 17).

cia histórica. En conclusión, su respuesta es coherente en relación al weberianismo, pero quedaría pendiente aclarar el posible continuismo y la proyección anacrónica de modelos contemporáneos al historiador.

2. Revisión crítica desde la historia de los conceptos paduana

En este punto ha resultado determinante para mi lectura el trabajo del grupo de investigación paduano dirigido por Giuseppe Duso (*Gruppo di ricerca sui concetti politici moderni* de Padua³³) y dos de sus principales críticas a Koselleck: la primera, que subrepticamente introduce una metodología ideal-típica weberiana, ocasionando una historia lineal que es proyectada anacrónicamente desde lo moderno; la segunda, una crítica del concepto de historia manejado por Koselleck. Esta segunda conecta de raíz con la lectura de Brunner, a quien el grupo paduano toma como referente fundamental, antes que a Koselleck, para entender la historia conceptual. El austríaco ya había criticado el uso generalizado del concepto moderno de historia, que va siempre en conexión con el de ciencia³⁴. Esto es lo mismo que decir que

33. En el ámbito de la historia constitucional y la historia social alemanas se produjo una serie de reacciones a la metodología weberiana, que insistían en la necesidad de contextualizar más adecuadamente los conceptos para evitar proyecciones anacrónicas, tomadas de modelos del presente, sobre otros contextos. En estas sucesivas oleadas de revitalización hay una serie de autores que serán determinantes para la recepción italiana de la *Begriffsgeschichte* alemana: Carl Schmitt, Otto Hintze, Otto Brunner y, finalmente, Koselleck. Para rastrear el origen de esta atención en el panorama filosófico italiano hay que destacar, por encima de todos, a Pierangelo Schiera. Fueron los trabajos de Schiera y Gianfranco Miglio los que introdujeron a los autores mencionados que son, en definitiva, los que van a condicionar la interpretación italiana de la historia de los conceptos. Como este interés se irradió desde distintos focos, hay que diferenciar: 1) El núcleo en torno a la figura del profesor Schiera y el *Istituto Storico Italo-Germanico* de Trento, con la revista *Scienza e Politica*. En los “Annali dell’Istituto Storico Italo-Germanico” se plasman los resultados de trabajos colectivos (que incluyen a Maurizio Ricciardi, Raffaella Gherardi, Gustavo Gozzi, etc. 2) El de Paolo Grossi en Florencia, quien fundó el *Gruppo di ricerca per la storia del pensiero giuridico moderno* y editor de la revista *Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno*. 3) Carlo Galli, en Bolonia, que además contribuyó a la fundación de *Filosofia politica*, revista que también pertenece al núcleo 4) de Giuseppe Duso en Padua, quien bajo su dirección formó el *Gruppo di ricerca sui concetti politici moderni* (que luego evolucionó hasta el *Centro di Ricerca sul Lessico Politico Europeo*) y fundó en 1999 el *CIRLPGE*. Entre los representantes más destacados del grupo paduano es obligado mencionar a sus miembros originales: Alessandro Biral, Adone Brandalise, Sandro Chignola, Gaetano Rametta, Mario Piccinini y Maurizio Merlo, a los que se han ido añadiendo Luca Basso, Antonino Scalone, Merio Scattola, Pierpaolo Cesaroni y otros (Como la producción del grupo paduano ha sido inmensa, se emplaza a consultar una bibliografía más detallada en mi *La Historia conceptual paduana... op. cit.*). Sin embargo, para una panorámica más amplia de la historia conceptual italiana y sus diferentes particularidades, hay que distinguir a Francesco De Sanctis, Luca Scuccimarra, Roberto Esposito y Giacomo Marramao. Del mismo modo, un mapa genealógico debe incluir, aunque en otras latitudes de herencia neokantiana, a Riccardo Pozzo y Mario Sgarbi.

34. Representante de un enfoque historiográfico de una historia constitucional (*Verfassungsgeschichte*), en el sentido material de constitución, que se presta al encaje con la historia social (*Sozialgeschichte*), Brunner

el concepto moderno se entiende como ciencia histórica. Con ese uso, generalizado incluso a otras épocas, se estarían violando flagrantemente los límites sincrónicos que Brunner imponía al trabajo del historiador y los paduanos reutilizarán esa crítica contra Koselleck³⁵, acusándole de haber presupuesto acriticamente la noción de historia.

Para acometer el tercer interrogante propuesto al principio (¿Estamos dispuestos a hacer una Historia en mayúscula a pesar de todo?), hemos de dirigir el enfoque hacia el intento koselleckiano de superar los límites historiográficos impuestos en su momento por las conclusiones de Otto Brunner. Koselleck no está dispuesto a aceptar una fractura insuperable –como la *Trennung* brunneriana– entre moderno y premoderno. Por esa razón, se interpreta la propuesta de Koselleck como un nuevo impulso y revitalización de la historia social y constitucional que, en su caso, aclara la búsqueda de unas categorías tan amplias –los ansiados «mínimos comunes»³⁶–, como para abarcar toda posible historia. El deseo, en fin, de superar la cesura moderna justifica el planteamiento de una «mediación» entre distintos contextos, merced a una «conmutación» conceptual.

Situémonos entonces en la reacción de Koselleck a las tesis brunnerianas ¿Qué piensa el alemán que ocurriría de asumir hasta sus últimas consecuencias una práctica de la historia estructural como la que propone el austríaco? No habría una ciencia histórica capaz de

prefería más la etiqueta de historia estructural (*Strukturgeschichte*), al permitirle conectar la historia con las estructuras y evitar los malentendidos de las anteriores denominaciones, con una expresión que recoge de Werner Conze (*Die Strukturgeschichte des technisch-industriellen Zeitalters als Aufgabe für Forschung und Unterricht*, Westdeutscher Verlag, Opladen, 1957). Hemos de hacer justicia a Brunner repitiendo la importancia que le reconoce el propio Conze como inspirador de la *Begriffsgeschichte* agrupada en torno a Heidelberg (ver la introducción de Julio Pardos a O. Brunner, *Estructura interna de Occidente*, Alianza, Madrid, 1991, 13-14). En cuanto a la conexión con las ciencias modernas, Brunner sitúa el origen de las ciencias históricas en el marco general de la historia de las ciencias y, en particular, en el grupo de las «nuevas ciencias» que tienen su base en el XVII con el mecanicismo y la matematización. En el XVIII, con un nuevo concepto de organismo, se funda la biología, y entre finales del XVIII y principios del XIX –en ese mismo espacio de tiempo en el que se producen las «irrupciones modernas y lo que Brunner llama «era de las ideologías»– surgen las modernas ciencias sociales y la historia moderna, compartiendo contexto con otras irrupciones como los -ismos (verbigracia el historicismo), y la filosofía de la historia (O. Brunner, *Nuevos caminos de la historia social y constitucional*, Alfa Argentina, Buenos Aires, 1976, 36-39, 66. 72-76, 79, 82, 112). Para la tardía difusión de la obra de Brunner en habla hispana, Inés Sanjurjo de Driollet, “La pionera obra de Otto Brunner a través de sus comentaristas” (en *Revista de Historia del Derecho* de Buenos Aires, julio-diciembre, 42, 2001, 155-170) y de Víctor Alonso Troncoso, “Otto Brunner en español, y los estudios clásicos” I (en *Gerión, Revista de Historia Antigua*, 11, 1993, 12-36) y II (*Gerión*, 12, 1994, 12-43). Para comprender el contexto de Brunner en relación con el trabajo de Reinhart Koselleck, véase Niklas Olsen, *History in the plural. An introduction to the work of Reinhart Koselleck*, Berghahn, New York, 2012, y de James Van Horn Melton, “Otto Brunner and the Ideological Origins of Begriffsgeschichte” (en H. Lehmann y M. Richter, eds. *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, German Historical Institute: Washington, 1996, p. 21-34).

35. Para las siguientes observaciones críticas, S. Chignola y G. Duso, *Storia dei concetti... op. cit.*, y A. Biral, *Storia e critica della filosofia politica moderna*, FrancoAngeli, Milano, 1999.

36. S. Chignola y G. Duso, *Storia dei concetti... op.cit.*, 151-153.

abarcar léxicos semánticamente autónomos e intraducibles a otros contextos de significado, y no la habría porque sería imposible transitar diacrónicamente por las distintas épocas. Brunner estaría bloqueando la imprescindible comunicación con el pasado. El resumen, por tanto, del juicio de Koselleck es que, si nos mantenemos dentro de los límites brunnerianos, el historiador termina por «enmudecer». Es claro que, de acuerdo con la definición inicial del significado de historia, sin conceptos ésta no es posible y se hace obligada una anticipación metahistórica de tales categorías científicas. Sobre esta base podemos ahora entender la respuesta de Koselleck, que busca un plano unitario para superar los bloqueos entre diferentes contextos y cortar el nudo gordiano del hiato moderno. Es ahí donde juega toda su importancia encontrar un plano homogéneo donde poder efectuar la mediación entre el lenguaje científico y el lenguaje de las fuentes o entre presente y pasado. Esa zona de mediación lo es de la citada «convergencia» y, a su vez, es también ahí donde se ha justificado con Koselleck la necesidad de unas categorías capaces de funcionar tanto con los cambios como con la permanencia: las «hipótesis» científicas que trabajan desde unos «mínimos comunes».

Chignola³⁷ ha indicado la centralidad de los procesos de nominación (*Benennungsvorgang*) en Koselleck como el punto clave de su teoría. Es en esos procedimientos semánticos que buscan la referencia de conceptos capaces de expresar y condensar la experiencia colectiva donde puede articular el intercambio entre experiencia histórica y conceptualización; y es también lo que permite a Koselleck saltar por encima de las barreras brunnerianas, pero porque previamente se parte de una anticipación teórica (el *Vorgriff*) que rompe el bloqueo al abrir una continuidad que nos conecta comunicativamente con las fuentes del pasado y representa la posibilidad de una historia como proceso lineal que incluya incluso, weberianamente, las desviaciones³⁸.

Aquí tropezamos con un gran inconveniente, pues representar la historia general de un concepto, en una historia lineal, es una de las principales críticas del grupo paduano a ciertas maneras de practicar la historia de los conceptos que traicionarían uno de los prin-

37. *Op.cit.*, 35-36.

38. *Op.cit.*, 89-96. Cabe precisar, en defensa de Koselleck, una matización: en todo caso, los ejemplos puestos por Duso (en *Op.cit.*, 153-154) para denunciar la legitimación koselleckiana de los tipos ideales weberianos son entre Brunner y Weber (porque la comparación que realiza es entre la perspectiva de Weber y la histórico-conceptual de Brunner), pero no entre Koselleck y Brunner. Lo que no soslaya que, si Koselleck puede diferenciar el mundo antiguo del moderno por la distinta coordinación entre «experiencia y expectativa», o entre «pasado y futuro», entonces no son épocas irreductibles, sino que son «i due mondi riconducibili entro l'unità costituita dalle categorie del tempo storico rigorosamente formalizzate». Biral critica a Koselleck que ha incumplido las admoniciones de la historia conceptual al proyectar en el pasado el tipo moderno de «sociedad», forzando la interpretación de un pasado que no se podía comprender sin una categoría de «virtud» que es incompatible con la idea moderna de sociedad, nacida sobre una dislocación semántica que permitió la cientifización de la ética y la historia. Por ello, el juicio de Biral es que Koselleck no solamente ha perdido de vista la connotación retórica del topos ciceroniano de la historia como *magistra vitae*, sino que no se ha cuestionado la diferencia entre historia y ciencia, y ha eludido el concepto de virtud del que las historias (uso deliberadamente el plural) suministraban los *exempla* (A. Biral, *Storia e critica... op. cit.*, 254-256).

cipios fundacionales de la *Begriffsgeschichte*. Sin embargo, las historias de las voces plasmadas en léxicos, como el de los *Conceptos históricos fundamentales* del Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania³⁹, terminan por impostar precisamente historias del tipo criticado y recayendo en un sospechoso tratamiento, característico de la Historia de las ideas, de los conceptos como constantes universales (las *unit-ideas* de Lovejoy). Si los paduanos llevan razón en detectar un plano homogéneo de continuidad en la ciencia histórica de Koselleck –y es cierto que, como se ha mostrado, lo necesita–, entonces debe compartir los problemas de esta impostación teórica⁴⁰.

Con la articulación de una anticipación teórica se advierte además otro riesgo sobreañadido. Desde luego, se torna acuciante afrontar el peligro de realizar proyecciones anacrónicas al trasladar, a contextos del pasado, acuñaciones conceptuales gestadas desde experiencias exclusivamente modernas. La consecuencia inevitable es que interpretaríamos experiencias históricas desde una elección previa de lo que resulta significativo para nosotros, lo que redundaría en una traducción que deforma y destruye la especificidad de –lo expresaré con términos de Kuhn⁴¹– todas las anomalías que no encajen en el paradigma moderno, hasta el punto de que estas no se contemplan. Por ello cabe preguntarse también si Koselleck ha sido lo suficientemente cauto a la hora de seleccionar los conceptos fundamentales. Son los conceptos modernos que utiliza para conducir y explicar el proceso de transformaciones que culmina en la Modernidad, pero eso quiere decir que se proyectan desde una realidad moderna, es decir, desde el final del proceso, como elementos que puedan homologar contextos temporales distintos. Ahí encontramos un gran problema, pues el precio de la homologación

39. *Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1997. Una referencia importante para situar las críticas de Duso a estas maneras de practicar la historia de los conceptos es su artículo “Historisches Lexikon e storia dei concetti” (en *Filosofia politica*, 1994, VIII 1, 109-120).

40. El tratamiento de los conceptos como esas unidades aisladas sí podría recaer en la Historia de las ideas, pero eso violentaría el planteamiento de Koselleck. De acuerdo con el análisis de Abellán, el concepto no se puede entender aislado, sino en referencia a otros conceptos y por eso nunca se puede confundir con la Historia de las ideas (J. Abellán, *En torno a la “historia de los conceptos”... op. cit.*).

41. T.S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.-Madrid, 1975, en concreto capítulo X (“Las revoluciones como cambios del concepto de mundo”, 176-212) y XII (“La resolución de las revoluciones”, 224-267) donde se concluye la intraducibilidad –Kuhn dice «incomensurabilidad»– entre paradigmas distintos como «mundos diferentes». Como ya indiqué en mi tesis (*La historia conceptual paduana... op. cit.*) al situar el análisis de Brunner desde la problemática de una terminología científica, la visión (o la ceguera) está determinada desde un «paradigma», puesto que el científico no interpreta los conceptos aisladamente, y ahí resulta útil la reflexión de Kuhn. Pero también resulta complementaria la observación estética de Umberto Eco acerca de la dificultad para comprender el concepto de belleza medieval, afirmando que el «campo de interés estético» y sus «materiales» era «más dilatado que el nuestro», es decir, desborda nuestro encuadre en aspectos que, por tanto, escapan a nuestra conceptualización moderna (U. Eco, *Arte y belleza en la estética medieval*, Lumen, Barcelona, 1999, 14).

supone aplanar las diferencias que no encajen en el plano moderno utilizado como patrón de referencia. Esa es la denuncia que heredo de Duso y su grupo⁴².

Según el grupo paduano⁴³, Koselleck habría recaído en presupuestos weberianos, especialmente con la anticipación teórica de los elementos que resultan significativos, y las historias singulares, como las consignadas en el *Lexikon*, no serían otra cosa que la verificación de la «hipótesis» de trabajo propuesta por Koselleck, que supera los bloqueos sincrónicos usando los conceptos como «catalizadores» y «organizadores» de las distintas experiencias históricas sobre un «eje» que obtiene su propio sentido desde la anticipación. Ese eje vertebraba todo el proceso orientándolo linealmente hacia su conclusión moderna⁴⁴ –por decirlo de otra manera, utilizando una expresión de Derrida, esa estructura argumen-

42. Lo ilustraré con algunos ejemplos: A menudo, cuando leemos estudios sobre las *polis* griegas nos encontramos con términos como «Estado» (la concepción del Estado en Platón), o «sociedad», con toda la carga semántica que transporta el concepto moderno de una sociedad despolitizada, escindida del Estado (y no solamente sociedad, también su adjetivo «social» como, por ejemplo, cuando en Aristóteles se afirma que el ser humano es un animal social, traduciendo «*zoon politikón*»); o se habla de «clases» (por ejemplo, la división en clases de la *República* platónica o la defensa que Aristóteles haría de una clase media). Lo mismo sucede con conceptos como «poder» y «pueblo» en el caso palmario de la «democracia». Dejando ahora de lado que para los griegos el *demos* es sólo una parte –frente a la generalidad de nuestro concepto moderno– para Duso (ver su editorial “Oltre la democrazia” y su artículo “La democrazia e il problema del governo”, ambos en la revista *Filosofia politica*, XX, 3, 2006, 361-364 y 367-390; y también su reflexión en G. Duso, *La logica del potere. Storia concettuale come filosofia politica*, Roma-Bari, 1999, 165), resulta paradigmático de hasta qué punto se ha borrado para nosotros la diferencia entre la democracia antigua y la moderna que, simplemente, se quieran contraponer diferenciando entre directa y representativa. Eso es no ser consciente de que el concepto moderno, sedimentado en nuestro uso común del lenguaje, hace posible la comparación, pero solamente porque establece un mismo núcleo comparativo. Simplemente piensa en modos distintos de entender el mismo concepto de «poder» y el mismo de «pueblo» y, por tanto, es una contraposición exclusivamente moderna. La democracia como «forma de gobierno» pierde todo sentido en la Modernidad (como las demás formas de gobierno), porque los conceptos de «libertad» y de «igualdad» del contexto moderno niegan la desigualdad fundamental que está en la base del gobierno, y porque se toman los conceptos de «poder» y de «pueblo» de manera homogénea para los contextos antiguo y moderno. Así, el *archein* de los griegos o el *gubernare* latino (como en la metáfora ciceroniana de la «*navem rei publicae gubernare*»), el *dominium* medieval y lo mismo para traducir la *Herrschaft* que reúne un *Herr* en los contextos feudales (bien diferentes de la definición weberiana), o el *imperium* de la realidad estamental durante ese período que ya convive con el alumbramiento de una semántica política completamente nueva... todos estos casos no deberían traducirse inconscientemente por «poder» porque, lo cierto es que, si acudimos al contexto que especifican las fuentes, nunca encontraremos un monopolio del poder que crea (poder constituyente) el orden y reduce la pluralidad a unidad política, justificando su coerción por medio del concepto de «legitimidad» que proporciona el sistema de elección representativa. Por eso es indispensable dirigir nuestra atención crítica hacia la función que desempeñan los términos en su propio contexto. Es a partir de una reflexión sobre esta problemática que, cada vez, ha cobrado mayor sentido en mi análisis el papel de la historia constitucional en la historia de los conceptos.

43. S. Chignola y G. Duso, *Storia dei concetti... op. cit.* 89-96.

44. En ese caso, se podría acusar a Koselleck de introducir unas categorías espurias (serían *a posteriori*), como ha hecho José Manuel Romero criticando la reductividad de la Histórica, «contaminando categorías

tativa se configura desde un «futuro anterior» que proyecta hacia el pasado la justificación lógica de su desenlace cuando éste ya ha triunfado-. Para Chignola, Koselleck adopta en el fondo un «presupuesto historizante» que interpreta el pasado desde lo que la época del investigador considera relevante y, con ello, no está haciendo otra cosa que reincidir en lo que ya habría subrayado Weber acerca de la orientación desde las «ideas de valor» y la importancia determinante del punto de vista en la configuración del aparato conceptual. La genealogía de los conceptos políticos modernos que nos ha legado la investigación del grupo paduano revela cómo se ha producido un silenciamiento con el vaciado de las categorías precedentes, confirmando la discontinuidad de lo moderno, pero también desvelando la carga de ideologización que opera tras la ciencia política moderna, lo cual explica su necesidad de legitimación. Añado que la conexión entre conceptualidad política y ciencia también se desdobra en la imbricación entre conceptos y procesos constitucionales, y esto otorga una relectura de la inicial subsidiariedad que la historia conceptual prestaba auxiliarmente a la Historia constitucional y a la social, para revelarse como una servidumbre mucho más preocupante a una determinada experiencia constitucional.

En la «configuración del mundo moderno»⁴⁵, la historia de los conceptos de Koselleck –que desempeña una labor teórica tan crucial para la elaboración de una ciencia histórica– está destinada a certificar el proceso que conduce a la Modernidad, y lo hace con un modelo teórico tomado de la última fase que, además, es orientado por el concepto moderno de historia. Por consiguiente, la carga teórica que asume Koselleck sí implica, desde su mismo punto de partida, una versión abstracta, formal y universal, no diré que ideal-típica, pero sí que siguiendo la inspiración weberiana; y que, con la conmutación, Koselleck se compromete con un plano de traducibilidad entre contextos que permita la comunicación diacrónica. La respuesta al tercer interrogante es que Koselleck está comprometido con hacer una ciencia que posibilite, a pesar de todo, la Historia, y está dispuesto a pagar el precio (el precio es la pérdida de especificidad y autonomía de los diferentes contextos). Koselleck, tan consciente de estos problemas como lo era Weber, se mantiene dentro de la coherencia de su programa teórico para salvaguardar la posibilidad de una historia científica que nunca renunciará a su complemento diacrónico, y porque su propuesta cobra más sentido si se sitúa frente al reto de Brunner.

Ante la acusación de una falta de concreción en sus categorías, teniendo en cuenta que su opción categorial se inspira deliberadamente en la abstracción de los tipos ideales weberianos (en el sentido que ya hemos matizado), baste ahora añadir como ejemplo la cuestión de las perspectivas diacrónica y sincrónica. El propio Koselleck afirma explícitamente que se trata tan solo de distinciones teóricas, de una abstracción, en suma, que «no tiene lugar en

que deberían tener un estatuto puramente trascendental con un contenido político específico» (J.M. Romero, “La Histórica de R. Koselleck y la apertura de la historia”, en *Conceptos*, 5 2008, 91-103).

45. Aludiendo al título de la monografía para la que fue concebido este artículo: «Koselleck y la configuración del mundo moderno».

la historia real», pues lo que se transforma no es el lenguaje sino su «semántica»⁴⁶. Entonces ¿tiene Koselleck una visión continuista o no? De acuerdo con el principio fundacional de la *Begriffsgeschichte*, los conceptos solamente pueden ser «interpretados» insertándolos en las estructuras que les otorgan sentido histórico⁴⁷. Con la aplicación de la perspectiva diacrónica al estudio de un concepto se abre la posibilidad de realizar «un seguimiento de sus significados a través del tiempo»⁴⁸ y, aunque lo combine con la perspectiva sincrónica (para hacer aflorar la «pluralidad de estratos» que cobran sentido desde la especificidad de su determinado contexto), no escapa al peligro de asumir la continuidad de un referente y entonces el riesgo es suponer, consciente o inconscientemente, la continuidad del concepto. Con el estudio diacrónico se consigue alcanzar la historicidad y se posibilita la historia del concepto porque, según el mismo Koselleck, liberados los conceptos de su «contexto situacional y al seguir sus significados a través del curso del tiempo para coordinarlos, los análisis particulares de un concepto se acumulan en una historia del concepto»⁴⁹. El peligro evidente es que, a pesar de las precauciones, el concepto funcione como soporte hipostasiado de esas acumulaciones y como un núcleo que es capaz de atravesar los diferentes contextos temporales manteniendo algún tipo de identidad residual.

Valiéndome de palabras del propio Koselleck, éste quiere mantener «la identidad del significante», no del concepto⁵⁰, y –aunque la declaración de una intención nunca equivale a su realización– Koselleck, desde la combinación entre sincronía y diacronía, pretende poder distinguir entre «tener» y «contener» historia. Entonces lo que se historiza son los estratos de contenidos que se han acumulado en el concepto y las «distintas valoraciones temporales»⁵¹. Esa es la «estructura temporal» que contienen los conceptos. Conviene recordar que como los conceptos son doblemente «indicadores» y «factores», pueden registrar los cambios y la transformación de la experiencia. En ese sentido, no se traza la historia de un concepto, sino de las transformaciones políticas y sociales sedimentadas en él⁵². Así es como debemos entender también la combinación de la perspectiva semasiológica con la onomasiológica⁵³,

46. R. Koselleck, *Historias de conceptos... op. cit.*, 19-25.

47. Los conceptos, a diferencia de las palabras, no se pueden definir, «sólo pueden ser interpretados», y citando a Nietzsche apostilla: «sólo puede definirse lo que no tiene historia» (en R. Koselleck, *Un texto fundacional... op. cit.*, 102. También en *Futuro pasado... op. cit.*, 117).

48. «Pero sólo a través del *principio diacrónico* (...) Los distintos análisis históricos del concepto se agrupan en la historia del concepto en la medida en que aquéllos son desligados de sus contextos en la segunda fase de la investigación, realizando un seguimiento de sus significados en el tiempo» (R. Koselleck, *Un texto fundacional... op. cit.*, 100).

49. R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 113.

50. *Op.cit.*, 326.

51. R. Koselleck, *Historias de conceptos... op. cit.*, 46.

52. R. Como nos recuerda Sandro Chignola en su artículo “Diferencia y repetición. Otto Brunner, Reinhart Koselleck, la historia conceptual” (en *Conceptos históricos*, 1, 2015, 18-38).

53. R. Koselleck, *Un texto fundacional... op. cit.*, 101; Id., *Futuro pasado... op. cit.*, 119. En ocasiones, Koselleck se refiere indistintamente al enfoque semasiológico como «semántico» (R. Koselleck, *Historias de*

para dar cuenta de estructuras que, por ser históricas, reflejan lingüísticamente las transformaciones extralingüísticas.

Koselleck quiere trascender las fuentes para aproximarnos a la experiencia, es decir, a la raíz originaria del signo histórico, porque, pragmáticamente, podemos encontrar los distintos significados si atendemos al contexto del «uso» de un concepto. En resumen, podemos captar cambios, transformaciones, novedades y permanencias de los significados mediante un seguimiento diacrónico de los usos de un concepto. El pragmatismo de esta concepción del significado ha supuesto una base para la interpretación de Faustino Oncina⁵⁴, quien entiende que «todo acto de habla es único» en una determinada situación, pero también admite que su «reciclaje lingüístico asegura al menos un grado mínimo de continuidad», lo que se solventaría apoyando en «usos concretos e iterativos» el empleo de los conceptos.

Bien distinta es la conclusión de las investigaciones del grupo de Padua: si los conceptos modernos nacen con la modernidad, están delimitados y confinados dentro de la parábola moderna y se hace imposible una historia de los significados de un concepto, ni siquiera con el mínimo de continuidad concedido por Koselleck, a no ser que estemos dispuestos a asumir los riesgos de la proyección anacrónica. En cuanto a la segunda acusación del grupo paduano a Koselleck (éste habría efectuado un uso acrítico del concepto de historia), para comprenderla hay que partir de los análisis de Brunner como antecedente del que arrancan sus críticas⁵⁵. Brunner hace coincidir el nacimiento de las ciencias sociales y la historia moderna entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX –datación compatible, por tanto, con la *Sattelzeit* de Koselleck–, exactamente el período que el austríaco llama «era de las ideologías». En esa descripción sitúa el nacimiento de la disciplina de la historia dentro del marco más general de las «nuevas ciencias». Es decir, nos está advirtiendo de un dato que no debemos obviar, que hay una conexión esencial entre la historia moderna y la ciencia moderna, sin olvidar el parto gemelo de la ciencia histórica y la filosofía de la historia. Alessandro Biral –uno de los principales miembros originales del grupo paduano y un personaje clave a la hora de definir la orientación de su investigación inicial– conduce su reflexión hasta un momento anterior, cuando vislumbra la génesis teórica de esa realización posterior. Ese momento está constituido por la filosofía política de Hobbes, donde el grupo paduano localiza la cesura con la gestación teórica de los conceptos modernos. En conexión con las leyes del mecanicismo, Hobbes vacía y transforma el universo de nociones tradicionales hasta concluir en una cientifización de la ética. Por lo tanto, es a partir de ese momento de preparación teórica previa cuando se puede concebir una historia como ciencia, pero nunca antes. Digamos que aquí está la *Trennung* teórica (de la posterior realización que Brunner o Koselleck constatan en sus registros). En ese caso, Koselleck habría realizado una distorsión conceptual para uni-

conceptos... op. cit., 32), pero no es extraño desde el punto de vista etimológico, ya que en griego *semasta* (significación) y *logos* (como estudio o tratado) guardan gran afinidad con semántica.

54. F. Oncina, *Historia conceptual, Ilustración y Modernidad*, Barcelona, 2009, 39-40 y 118.

55. Remito a las notas 33 y 37 para la conexión brunneriana con la ciencia moderna y para la observación crítica de Biral que se expone a continuación.

ficar su uso de la historia mediante unas categorías formales y universales como «experiencia y expectativa» o «futuro y pasado», diferenciando lo antiguo de lo moderno (merced a la distinta medida de coordinación entre esas categorías), pero reconduciéndolos dentro de la misma unidad: la formalización categorial del tiempo histórico.

Ejemplo de esta omisión –predilecto en las investigaciones del grupo paduano⁵⁶– de la novedad del concepto moderno de historia es el tratamiento que Koselleck da al topos ciceroniano de la historia como *magistra vitae*. Hay unas peculiaridades propias del mundo antiguo que impiden equiparar la exposición histórica con el significado moderno de una disciplina, en el sentido de una ciencia especial, por más que su uso en la Antigüedad pueda ser legítimamente entendido como investigación de las gestas históricas, porque su uso retórico lo acerca mucho más al ámbito práctico de la política. Esto quiere decir que el nexo que se observa, gracias a una comprensión histórico-conceptual del topos, no es entre la historia y la ciencia –como en el concepto moderno–, sino entre la historia y la política –entendiendo a la segunda en toda su contingencia premoderna en vez de como ciencia política moderna⁵⁷–. En primer lugar, el topos no se comprende como una fórmula teórica que dicta cómo actuar; al contrario, la historia no suministra ese tipo de soluciones formales porque los *exempla* históricos, escogidos por su relevancia como dignos de salvarse del olvido, no se conciben desde una reducción típicamente moderna de la praxis a una teoría y perdemos de vista el significado genuino del topos al enfocarlo desde una perspectiva moderna. En segundo lugar, como las narraciones eran plurales, son siempre «historias» y no «Historia», de modo que su singularización es inconcebible. Están expuestas desde la situación concreta de unas vicisitudes vitales, testimonian ejemplos de vida puntuales y no recetas. No basta con su repetición sin más, exigen la suficiente sabiduría práctica para leerlas y el justo arte político para trasladarlas al campo de la acción.

Es cierto que Koselleck explica todo el proceso que conduce hacia la singularización de las *historiae* con el singular colectivo *Geschichte*, levanta acta de un hecho que se ha realizado, finalmente, con la universalización de la Historia. Pero, con esto, no está yendo más allá de la constatación de semejante realidad y no ha explicado sus causas más profundas. La causa no observada es la conexión –favorita para los paduanos, en la línea de Brunner– con la ciencia moderna que produce la cientifización de la historia. Koselleck proyecta retrospectivamente, como con el resto de anticipaciones teóricas, un concepto tomado del final del proceso moderno, gracias a lo cual puede manipular la palabra historia en otros contextos en un sentido orientado unívocamente por la conclusión moderna. Así logra la comunicación y traducibilidad entre usos distintos que se encarnan en la palabra que atraviesa la fractura y salvaguarda

56. Para comprender la crítica del uso reductivo que hace Koselleck de la categoría de historia, véase S. Chignola y G. Duso, *Storia dei concetti... op. cit.*, 201-255.

57. Prescindiré de extenderme con la prevención que, igualmente, recae ahora sobre el término de «política». Para resumir la cuestión prefiero recurrir a Duso y su expresión de que, en el horizonte del pensamiento político premoderno, estamos ante otra política («un'altra politica») que no es homologable con el concepto moderno. Ver G. Duso, *La logica del potere...op. cit.*, 42.

la tarea del historiador. Pero así también se paga el precio de sacrificar las especificidades que no casan con lo moderno. Quizá, el movimiento más dudoso de la fundamentación de Koselleck sea incurrir en un tránsito ilegítimo desde lo descriptivo a lo prescriptivo, de lo conceptual a lo trascendental, y cabe preguntarse si el oficio de un historiador puede fundarse trascendentalmente sin pagar un precio⁵⁸.

Conclusión

En conclusión, la interrogación crítica del planteamiento koselleckiano aclara su portentoso esfuerzo metodológico y la gran coherencia de su propuesta teórica. Su fundamentación epistemológica de una ciencia histórica puede librarse de las acusaciones de un mero weberianismo, ya que temporaliza los conceptos y rechaza la abstracción (comprendiendo la combinación entre las diferentes perspectivas diacrónica y sincrónica, onomasiológica y semasiológica, se trata en definitiva de insertar los conceptos en las estructuras que contextualizan su uso). Aunque no de un cripto-weberianismo, al inspirarse en el modelo weberiano y compartir una anticipación teórica. En una opción que resulta inevitable para Koselleck, defiende que las categorías se derivan trascendentalmente.

En este punto es donde debe plantearse nuestro interrogante final de hasta dónde estamos dispuestos para no renunciar a la idea de Historia. El antitrascendentalismo foucaultiano aconseja describir en vez de prescribir pero, aunque aceptáramos la perspectiva trascendental para el historiador, Koselleck selecciona una determinada constelación de conceptos modernos, como metro patrón, tanto para una ciencia de la historia cuanto para la tarea práctica del historiador, y esta es una de las principales críticas que se pueden argumentar contra Koselleck. Es una elección *a posteriori* que incumple sus propios presupuestos y que provoca un cierre categorial de la experiencia histórica. No obstante, se ha mostrado –en respuesta a la interrogación– que ese es el precio que Koselleck asume para superar los límites brunnerianos.

La manera de solventar la ruptura que bloquea la comunicación entre distintos contextos temporales es una anticipación teórica que permite establecer una comunicación lineal. Pero sus categorías formalizan un tiempo histórico que funciona como eje vertebrador de la Historia en mayúscula, absorbiendo el pasado en el mismo vector de lo moderno. En este caso, el metro patrón que permite nivelar ese eje funciona eliminando las diferencias o, por

58. A este respecto, remito a la interesante comparación de Rametta –otro destacado componente del grupo paduano– entre la «arqueología» de Foucault (considerada una «práctica radicalmente antitrascendental») y la historia conceptual de Koselleck: G. Rametta, “Teoría del discurso y arqueología. Una lectura de Foucault en clave histórico-conceptual” (en F. Oncina [Dir.], *Tradición e innovación en la historia intelectual. Métodos historiográficos*, Madrid, 2013, 141-149). Para Foucault el «arqueólogo» no se ocupa de los conceptos, sino en describir monumentos (una visión más amplia de la temática en M. Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, México, 1968).

repetir la expresión de Kuhn utilizada previamente, las «anomalías» que no se contemplan: ese es el coste de la homologación.

Su teoría de la historia queda comprometida por un concepto moderno si no se corrige con la consciencia brunneriana de la conexión entre la historia como disciplina moderna y las demás ciencias modernas. Sería la crítica paduana de haber presupuesto acríticamente una determinada concepción de historia que no va a la raíz de su singularización conceptual.

Finalmente, la falta de cautela a la hora de seleccionar los modelos hace que el historiador interprete el pasado desde lo que considera relevante. Contemplando la problemática desde otro planteamiento. Benedetto Croce⁵⁹ juzga –constituyendo un referente para Carl Schmitt y Otto Brunner–, ya en 1917, inevitable la contemporaneidad de toda historia si no queremos que se convierta en un objeto muerto, que únicamente despierte el interés de anticuarios. Croce teoriza un nexo necesario entre historia y vida (de unidad y distinción), y defiende una historia «viva» frente a la historia muerta que supone la «crónica» porque, en su teoría filosófica, el espíritu es historia (factor y resultado) y la historia es un acto de vida que debe servir a la vida. El pasado cobra vida según nuestro presente interés, por eso puede afirmar que toda historia es historia contemporánea, así como la filosofía no es otra cosa que «pensamiento del eterno presente». Pero el mismo Croce distingue el interés «histórico» (el que hace cobrar vida al pasado por una necesidad práctica) del interés «extrahistórico» que compone la «pseudohistoria».

El hecho de estar condenados a lanzar nuestro pensamiento desde un presente, que determina y condiciona el interés de nuestra historia, no ahorra al historiador que deba poner el máximo empeño crítico. La historia siempre se hará desde un presente y, según los diferentes niveles de la historia definidos al inicio, eso significa que la historia como reflexión sobre el informe de la experiencia no puede ser un registrar, sino, ya desde el principio, un reescribir; y no en el sentido peyorativo de un revisionismo histórico, pero sí en el de una perpetua reescritura desde el presente que exige toda nuestra capacidad de autocrítica.

59. No en vano, la filosofía política de Croce (y su declinación metapolítica) fue objeto de mi Suficiencia Investigadora, con una lectura que propició mi acercamiento a la perspectiva del grupo paduano. Croce realiza una crítica de los conceptos políticos gestados por el iusnaturalismo y su comprensión, como la schmittiana, pasa por detectar en el funcionamiento de los conceptos una serie de interconexiones. Para la contemporaneidad de toda historia, ver B. Croce, *Teoria e storia della storiografia*, Milano, 2001, 34 y 68.